

**La guerra de Vietnam
en palabras de los hombres y
mujeres que lucharon en ella**

WAR

Mark Baker
Prólogo de Kiko Amat

CONTRA

NAM: The Vietnam War in the Words of the Men and Women Who Fought There

© 1982, Mark Baker

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Mikel Jaso

Maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Septiembre de 2020

Primera edición digital: Septiembre de 2020

© 2020, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2020, Elena Masip y Darío M. Pereda, de la traducción

© 2020, Kiko Amat, del prólogo

ISBN: 978-84-18282-30-0

Composición digital: Pablo Barrio

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

Prólogo de Kiko Amat

Introducción

I. INICIACIÓN

No hagas preguntas

Bautismo de fuego

II. OPERACIONES

Soldados rasos

Artes marciales

III. HISTORIAS DE GUERRA

Vencedores

Vctimas

IV. EL MUNDO

Vuelta a casa

Heridos

Agradecimientos

*A todos los hombres y mujeres que ya no están
entre nosotros
y no pueden contarnos su historia.*

Prólogo

La guerra más *fugazi*: Juventud y clase obrera en Nam

1. Cuando era niño, solía imaginar cómo me comportaría en tiempo de guerra. Por muy friqui hepatítico que fuese, tenía claro que la cobardía era el mayor de los pecados, como decía Bulgákov en *El maestro y Margarita*. ¿Qué tipo de Yo afloraría, así, cuando me hallara cara a cara con el enemigo? ¿Sería un calzonazos aniñado y sollozante (una idea que me aterraba), o más bien un viril *psycho* de ojos vacíos, como los que pasaron My Lai a cuchillo? Llevaba una vida preguntándome memeces como esas, cuando, recién cumplidos los dieciocho, me llegó una carta del Ministerio de Defensa. En ella se me convocaba a una alegre *randevú* en el CIM de Cartagena, junto al resto de muchachos del 2.º reemplazo de 1990.

El cambio que se obró en mí una vez allí me pilló completamente por sorpresa. Unos pocos meses antes, creía ir sobrado de autoconocimiento y visión: me veía a mí mismo como un *outsider* antifamilia (en concreto la mía), antisocial y antisociedad, cuya arma principal era cierta

expectativa abstracta de gloria y grandeza¹, y quien veía en la propia tribu un escudo protector que, de forma automática, repelía las expectativas de productividad del mundo capitalista, a la vez que me protegía del «borreguismo de la masa» (sí, solía decir este tipo de paridas). *I'm not like everybody else*, y todo eso.

El espíritu castrense cayó sobre mí como el proverbial jarro de agua fría. Imposiblemente, tras solo cuatro meses en la base me pavoneaba por allí como el jodido Roach de *Apocalypse Now*. Remaches en las botas y boina tuneada en posición *yarmulke* (chic de rebeldía naval), en busca de licor robado o algo que fumar, apartando a empujones a los «peludos» (recién llegados), hablando la jerga y puteando a mis «inferiores». *I was like everybody else*, después de todo. Estaba en mi salsa, allí, jugando a soldaditos, en un mundo que no era mi subcultura ni mi cultura, ni siquiera parecía formar parte de los ochenta; un mundo que, por lo visto, existía por sí mismo, que siempre había existido en su forma presente, regido por sus propias normas y convenciones desde el principio de los tiempos, y que de repente explotaba en mi cuerpo, sacando a la luz algo nuevo, o algo (casi peor) que siempre había estado allí pero que no había sido capaz de aislar e identificar.

Aunque, tienen ustedes razón, el servicio militar se parece a la guerra como un rocódromo se parece a una vía letal de Yosemite (y el único crimen de guerra que sufrí yo fue el «Soldados del amor» de Olé Olé), la experiencia me ayudó a comprender lo rápido que uno se convierte en *algo*

cuando te arrancan de un lugar familiar y te depositan en uno extraño; lo rápido que cobra sentido lo que unos meses antes parecía imposible, lo frágiles que son los límites sociales, lo poco que significa el código moral que heredaste.

Mark Baker escribe aquí que «en menos de un año, Vietnam puso a prueba tanto al hombre como a la cultura que lo llevó hasta allí». La guerra te enseñaba quién eras, quién eras *de verdad*, sin lo que Baker define como «la fina fachada que imponen las instituciones de la sociedad». Bao Ninh, exveterano del Ejército de Vietnam del Norte, escribió en *El dolor de la guerra*: «Es la guerra lo que marca la diferencia. Entonces era la guerra, ahora es la paz. Dos épocas diferentes, dos mundos, escritos en la misma página de la vida». Dos distintas fibras morales, y una de ellas está debajo de tu piel, y no eres consciente de su existencia hasta que hay una guerra y te mandan a ella. Y tienes solo diecinueve años.

2. «*It's time the tale were told / Of how you took a child / And you made him old*», cantaban The Smiths. A la sazón, una de las razones por las que Vietnam nos resultaba tan cercano a muchos adolescentes de los ochenta era la juventud de sus combatientes. Aunque, gracias al milagro de la empatía, podíamos ponernos en la piel de un *Tommy* de la Primera Guerra Mundial, existía un elemento de separación que dificultaba la identificación con su circunstancia. Era innegable: los soldados de la Gran Guerra quedaban demasiado lejos cronológicamente y eran

demasiado mayores (veinticinco de media) y tenían rostros ancestrales y escribían demasiada poesía luctuosa para parecer de verdad de *los nuestros*. En cambio, uno leía sobre Vietnam, veía algunas de aquellas imágenes de rocanroleros granujientos con ojos hundidos y cascos grafitados, y sabía que eran chavales desafectos de diecinueve años², como tus amigos del barrio. Podían haber sido, de hecho, *tus* amigos del barrio, allí, teletransportados a la Ofensiva del Tet. Borrachos, drogados, extraviados, acojonados, cabreados, cogiéndose las manos los unos a los otros cuando salen a patrullar en la oscuridad, «como crías de elefante que caminan en fila india», porque temen perderse. Porque *son* putos niños.

La mayoría de los testimonios de *Nam* coincide en afirmar que «la guerra era un lugar donde se podían aprender cosas», o que «no me lo quería perder, ya fuese bueno o malo», o que aquel era «el acontecimiento que marcaría a mi generación», y como tal estarías loco si permitieras que pasara sin participar en él. Vietnam era el test de masculinidad, la aventura, la huida, el ungüento para todas aquellas adolescencias victimizadas por el romanticismo. Naturalmente, cuando los mozos se embarcaron en aquella supuesta aventura no eran conscientes de que el impulso juvenil y la energía adolescente americana que los había llevado allí sería también lo primero que les arrancarían.

Michael Herr solía decir que su verdadera juventud había sido extirpada en los tres días [de la Ofensiva del Tet] que

pasó cruzando de Can Tho a Saigón. Baker comenta en *Nam* que Vietnam era «un País de Nunca Jamás gobernado por la brutalidad» donde los niños se convertían en viejos tres veces más rápido. «Eran unos críos», afirma alguien, «pero a la vez no lo eran. Tenían un brillo en la mirada que los hacía completamente distintos de los demás (...) Tenían algo que los hacía parecer viejos». «Cuerpos de diecinueve con mentes de treinta y cinco», transcribe Baker. Eso te hacía Vietnam.

La mínima pulsión generacional bastaba para comprenderlo: a esa guerra habían mandado *a tu quinta*. Un joven proleta español no tenía que realizar esfuerzo de imaginación alguno para comprender cómo habían llegado allí aquellos *teenagers* pringados de mirada antañona. La experiencia personal de clase y tejido social arrojaba luz sobre la suya: un ejército de odiadores del colegio, menefreguistas sin futuro ni «nada que hacer» a quien no les importó poner distancia entre su familia y ellos, que vivían en un estado de permanente semitorpor puntuado por picos de fervor maníaco, cuyo porvenir siempre había tenido el perfil de la fábrica del polígono o el centro comercial más cercano...

Sí, aquellos Lurps³ se parecían peligrosamente a la peña de tu instituto, de tu bloque, de tu curro, los que de niños habían jugado contigo al bote hasta que se apagaban las farolas y las madres os llamaban a grito pelado desde los balcones, los que compraron la primera litrona junto a ti (y luego la vomitaron, también junto a ti, en el descampado

delante del insti). Los que habían ido a Vietnam eran chicos como vosotros. Y ahora estaban muertos.

3. Los soldados que fueron a Vietnam eran de otro país, pero, ¿saben qué? Ni siquiera lo parecían. El rock'n'roll les había hecho familiares. Los críticos literarios suelen escudarse en letanías de ficticia objetividad y separación con el texto, pero lo cierto es que todos *nos buscamos* en las historias ajenas, desenterramos del texto los elementos compartidos, y por eso algunas de esas historias nos resultan más fáciles de entender, más cercanas, que otras. El componente rock'n'roll de la guerra de Vietnam, siguiendo ese razonamiento, resulta indispensable para explicar la fascinación, la compasión, la intimidad que despertó en nosotros. Aquellos muchachos de nuca rasurada y mejillas rubicundas, alimentados a base de filetes y batidos, no solo tenían nuestra edad, sino que además utilizaban, al otro lado del Atlántico, los mismos referentes, tics, narcóticos y abalorios tribales que la gente que nos rodeaba en el bar. Las soflamas hostiles y chulescas que pintábamos en los lavabos del instituto eran muy parecidas a las que ellos lucían en los cascos o rotulaban en la panza de sus *chinooks*. Los tripis que depositábamos sobre nuestra lengua, las anfetis que nos desvelaban y mantenían eufóricos (o tiritando), los porros que amasábamos... Eran las drogas típicas de Vietnam⁴.

También los sonidos. El *hit parade* de 1967 resultaba abrumadoramente familiar⁵ para cualquier chico europeo, incluso español, que se resistiese a escuchar el «¿Dónde

está el país de las hadas?» de Mecano. Vietnam venía con una banda sonora que te sonaba, agitaba, y en muchos casos, conmovía. «Purple Haze», «(I'm Not Your) Steppin' Stone», «Under My Thumb», «Time Has Come Today», «All Along the Watchtower» o «Just My Imagination (Running Along with Me)». Uno de los testimonios de *Nam* relata un combate donde, en mitad del caos y las trazadoras, el ra-ta-ta-tá de las ametralladoras y los gritos, suena el «Goodbye» de Mary Hopkins desde una radio que alguien ha dejado encendida. Incluso la toponimia del terreno — Song Be, Bu Dop, Da Nang, Mang But— suena a pop sesentero, rock'n'roll clásico, a be-bop y auanba-ba-luba (o, en el caso de Mang But, a obscenidad en inglés).

He escrito la palabra «sesentero», pero lo cierto es que Vietnam es a la vez *sixties* y nada *sixties*. Por un lado, sin duda, Nam estaba conectado a la década por un cordón umbilical de referencias culturales, el movimiento negro de derechos civiles, la contracultura, la televisión, el rock'n'roll, etcétera. Por el otro, como sugería más arriba, existía, como todas las guerras, en su propia realidad alternativa, extemporánea, cercenada de su tiempo, primigenia y antigua, del mismo modo que el Salvaje Oeste parece existir en una dimensión propia, pretérita y futura a la vez, cien años después o antes del Londres Victoriano, aunque coexistieran en el tiempo. Los chicos de Vietnam no van con *hipsters* púrpuras, flequillo Byrds, kaftanes o botines de tacón cubano. Son soldados: llevan ropa de faena sucia, botas enfangadas, ronchas de sudor, culos

sucios y pies podridos, como los soldados de todas las eras, aunque el Verano del Amor esté en su punto álgido. No son chavales de los sesenta, sino chavales de siempre. Históricos, pese a su mocedad. Y por eso su narrativa, sus arquetipos, son eternos. La identificación con ellos resulta inevitable, una vez más.

4. Vietnam fue una guerra que luchó la clase obrera. Ustedes dirán que como todas, lo cual es solo parcialmente cierto. Las estadísticas no mienten: el 17% de los oficiales de clase alta que combatieron en la Primera Guerra Mundial murieron en combate, en comparación al 12% de rango bajo y extracción obrera. Una sola escuela privada como Eton (cuna del aboleo británico) perdió a mil exalumnos en la Gran Guerra. Varios primeros ministros británicos dejaron en las trincheras del Somme a hermanos e hijos.

Por supuesto, algo así resulta impensable en Vietnam (incluso imposible de visualizar, como una perspectiva mendaz de Escher). El capitalismo es energía renovable y la clase dirigente aprende de sus errores; hablemos claro: a Vietnam solo se envió a la escoria. *Nam* menciona el concepto «soldados de usar y tirar»: los nacidos en pueblos de mierda, hijos de familias sin rango; números y estadísticas. Carne de cañón, y nunca mejor dicho. De los 2,5 millones de hombres alistados que sirvieron en Vietnam, el 80% provenía de clase trabajadora, y la misma proporción solo tenía educación secundaria. Un 25% de ese 80% vivía por debajo de la línea de pobreza.

Aunque es cierto que el movimiento antiguerra de los campus se formó antes de que entrara en vigor el *draft* universal de 1969, aquel había carecido de impulso masivo o repercusión *mainstream* hasta entonces. Los universitarios y las familias de clase media o alta hallaban numerosas facilidades para sortear la llamada del Selective Service (facilidades de las que carecían los jóvenes de extracción humilde), y Vietnam estaba en el otro extremo del globo. En 1965, como afirma un artículo reciente del *New York Times*, era raro que un chico de clase media fuese a Vietnam. No solo eso, sino que si eras de clase media y terminabas en Vietnam, eras considerado un «pardillo» (*only suckers go to Vietnam*).

Por eso es inevitable sentir un palpito en la sangre, un blanqueo súbito de nudillos, al ver imágenes de archivo del movimiento pacifista estudiantil, que explotó en el preciso momento en que entró en funcionamiento la lotería universal, el 1 de diciembre de 1969⁶. El 15 de noviembre, dos semanas antes de aquello, Estados Unidos presenciaba la protesta antiguerra más multitudinaria de la historia del país, con sus canciones folk, flores y fifismos. Los planes de Nixon de ampliar la *pool*, cancelar prórrogas y alistar a los universitarios acababan de darse a conocer. Hasta aquel momento, no está de más repetirlo, la guerra de Vietnam era un lugar adonde iban a morir los negros y los pobres, y por definición resultaba irrelevante para la gran mayoría de estudiantes de clase media⁷.

El conflicto de Vietnam nos ofrece aún otra particularidad relacionada estrechamente con la clase social. De la mayoría de escenarios bélicos del pasado, como en la no tan lejana Segunda Guerra Mundial, el soldado regresaba con un caso extremo de trastorno de estrés postraumático, vivo de milagro, deseando no volver a hablar jamás de lo que había visto o hecho en el campo de batalla, mutilado física o espiritualmente, pero en su país se le miraba con respeto, cuando no con reverencia. En Vietnam aquello cambió. La diferencia entre haber liberado París en 1945 o haber sobrevivido a Khe Sanh en 1968 se hacía dolorosamente patente al regresar a casa. En la primera opción sonaba la banda de música, lucían las escarapelas tricolor, te estrechaba la mano el alcalde; las más bellas *cheerleaders* de tu pueblo se te echaban a los brazos, te colmaban de besos y ramos de flores, te ofrecían dulces y, con suerte, su catre. En la segunda opción, un comité de recibimiento de pijas de Berkeley (o Jane Fonda en persona, ya puestos), junto a unos cuantos *yippies* de pies mugrientos, te escupían y humillaban y gritaban «asesino de niños», mientras depositaban muñecas ensangrentadas y desmembradas a tus pies⁸. Aunque es cierto que las historias de estudiantes pacifistas agrupándose en los aeropuertos para escupir a los reclutas *hillbilly* que marchaban o regresaban de Vietnam han sido exageradas, esas situaciones se *daban*, y tan a menudo como para ser consideradas parte de la ecuación. No era

una aberración que involucraba al margen lunático del SDS, por decir algo.

En *Nam* se acumulan las voces que narran cómo (en Vietnam) pasaron de ser una mierda a «reyes» y (ya de regreso a casa) vuelta a la mierda otra vez. Ser devuelto al viejo estatus de paria, del que creías haberte librado por servicios elementales a la patria, por la crueldad y muerte que habías presenciado y/o provocado, resultó lacerante, traumático, absolutamente degradante, para la inmensa mayoría de veteranos de guerra. *Nam* habla de clase social como ningún otro libro sobre guerra, y en ese sentido fue (y sigue siendo) revolucionario. Se alinea con los chavales de la mala dentadura y el cutis defectuoso, los descargadores de camiones y los operarios de cadena de montaje, los cajeros de McDonald's y los reponedores de Walmart, en lugar de los líderes izquierdistas o periodistas de clase media que siempre han dominado el análisis y discurso sobre Vietnam. En ese sentido es simplemente maravilloso, y del todo emocionante.

5. Vincent Bugliosi sostenía en *Helter Skelter* que la razón por la que los crímenes de la Familia Manson eran mucho más famosos que los de, por ejemplo, Patrick Hearney, el asesino en serie apodado Trash Bag Killer (cuarenta y tres víctimas certificadas), era simplemente que los primeros eran más... *extraños*. Lo mismo sucede con Vietnam. Todas las guerras son estúpidas (calma: no voy a cantar Culture Club), pero Vietnam se lleva la palma. «Su muerte había sido innecesaria, un sinsentido. Todas las guerras están

llenas de historias como la suya, pero en Vietnam hubo más que en ninguna otra», nos recuerda una voz del libro, hablando de un amigo caído. La sensación de estar luchando una guerra completamente *fugazi*⁹, absurda, ilógica, sin destino ni frente, ni siquiera contra un enemigo firme, desde luego sin perspectivas de victoria y, lo peor de todo, sin botín que embolsarse, no se les escapó a la mayoría de combatientes, que empezaron a comportarse acorde con la situación. *Trampa 22*, la conocida novela de Joseph Heller, está ambientada en la Segunda Guerra Mundial, pero en mi opinión encaja mejor en Vietnam. Si en Nam se te iba la olla, eras el raro, pero lo raro era que no se te fuese la olla. Digámoslo en un estilo aún más helleriano: si conservabas la cordura en Nam, es que estabas loco como una cabra. Las voces de este libro lo prueban.

6. Y hablando de voces. En su día me desagradó la serie de HBO *Band of Brothers* por varias razones, pero una de las más relevantes era que los GI carecían de bagaje; eran solo figuras tácticas en un marco de conflagración bélica. Envoltorios cárnicos vagamente diferenciados entre ellos cuyo único fin era explicar el devenir de las tropas, las ofensivas, el terreno, los dos bandos. Pero nadie existe sin su propia historia, color de piel, barrio, acento, sin sus amuletos o trofeos macabros, sin la foto de la novia (o de Jane Russell) que llevaban en la camisa.

Mark Baker afirma en su introducción que los libros de historia suelen ignorar la individualidad y la primera

persona para tomar el camino de la estadística, la historia y la macropolítica, o las vergonzantes sendas del heroísmo abstracto. Pero para contar Vietnam necesitas las voces de los que estuvieron allí. Tim O'Brien suele repetir que existe una verdad más verdadera que los fríos hechos. Esa verdad está en todas las voces y recuerdos, las expresiones y olores, cada anécdota¹⁰ que enhebra Mark Baker en *Nam*. Porque el detalle cuenta la totalidad, nunca al revés. Una de las voces de este libro nos explica que en el Cuerpo de Marines utilizaban la expresión *asshole puckers*: tenías tanto miedo todo el tiempo que se te arrugaba el ano. Literalmente. Algo así dice más de Vietnam que todas las explicaciones de McNamara o el general Westmoreland, con su engañosa tecnocháchara (o *diplomatic double-talk*); dice más que todos los noticiarios oficiales o libros canónicos.

La construcción del relato mediante unas voces que, para colmo, son anónimas (podría ser cualquiera; *tú*, quizás; todos nosotros), eleva a *Nam* a la categoría de obra clásica, homérica, eterna. El libro de Baker es uno de los grandes relatos sobre la guerra y los hombres y mujeres que lucharon en ella, lo que eran y en lo que se convirtieron, y los horrores que aún les aguardaban cuando regresaron con vida del frente. Una obra sublime, sin paliativos. Me siento orgulloso de haber colaborado en la edición española de *Nam*, aportando un prólogo de lector y entusiasta a uno de mis libros de no ficción favoritos. Deseo que les

conmueva e impacte, les llene de ira y compasión y orgullo de clase, como ha hecho conmigo desde el primer día.

KIKO AMAT

Barcelona, junio del 2020

Introducción

«Alguien muere, no es ningún drama. Etiqueto el cadáver, anoto los detalles de su muerte y lo meto en una bolsa — pensó Doc—. Ya he visto demasiada mierda. No puedo dejar que me quite el sueño. No me lo puedo permitir.» Aunque lo llamaban «Doc», no era un médico de verdad. En Vietnam, los GI¹¹ llamaban «Doc» a cualquier sanitario, excepto en el frente, cuando gritaban «¡un médico, un médico!» al desplomarse.

Volvió a mirar la carta que le habían enviado los padres de un chaval de su misma unidad: «Estimado doctor — escribieron—: Nuestro hijo hablaba mucho de usted en las cartas que nos enviaba, nos contaba todo lo que hacía por los muchachos de su unidad. Por favor, si puede, cuéntenos cómo murió». Lo habían repatriado en un ataúd.

«¡Dios! —suspiró Doc—. ¿Qué les contesto? No puedo decirles que su hijo desayunó unas alubias congeladas repugnantes, que tuvo que aguantar que los demás chavales le llamaran *cherry*¹² y que salió del campamento para acabar estallando en un millón de pedazos, que es exactamente lo que pasó.»

Durante una patrulla rutinaria con el resto de su pelotón, el chico accionó accidentalmente una mina con una carga explosiva de setenta kilos, según calcularon después. La explosión abrió un cráter del tamaño de una habitación de matrimonio y le arrancó un brazo y las dos piernas. También le destrozó una parte del cráneo.

Murieron seis soldados más. En Vietnam era frecuente morir así. Mientras duró el conflicto armado en el Sudeste Asiático, se repatriaron miles de ataúdes para ser enterrados discretamente en suelo estadounidense, donde han permanecido prácticamente olvidados, ignorados, durante más de diez años.

Recientemente, son muchos los periodistas, directores de cine, generales, diplomáticos y políticos que han decidido contarle a los norteamericanos cómo murió ese muchacho y por qué. Gran parte de su relato se centra en el silencio que rodea a ese ataúd cerrado. A medida que sus historias avanzan, descubres que pasan por alto la humanidad y la individualidad del muchacho que yace dentro de la caja, que lo reducen a una fría acumulación de datos estadísticos, históricos y políticos. Y, si no, se aprovechan del misterio que encierra ese ataúd y elevan la sangre y los huesos al reino mítico de los héroes, al infierno o a la locura y el rock and roll.

En esas historias falta algo; falta lo personal, lo palpable. Tratan la guerra como si fuera un acontecimiento difuso de un pasado lejano que nuestra memoria ya no alcanza.

Nadie se ha molestado en hablar con los hombres y las mujeres que fueron a Vietnam y lucharon en esa guerra.

¿Qué sucedió en Vietnam? ¿Cómo era? ¿A qué olía? ¿Qué te pasó allí? Los veteranos de Vietnam conocen de primera mano las estadísticas, el heroísmo, la maldad y la locura. Son ellos quienes están capacitados para mirar en el interior de ese ataúd e identificar al cuerpo por lo que realmente es: un muchacho que murió en una guerra, que tenía un nombre, una personalidad y una historia propias.

Algunas de las personas que libraron esa guerra cuentan lo que les pasó en las páginas de este libro. Hasta ahora, la mayoría de ellos había guardado silencio y permanecido invisible para la sociedad, tanto como sus hermanos caídos. No se fían de los desconocidos; recelan de las preguntas.

Como me dijo un veterano: «Tengo las antenas contra las mentiras siempre alerta». Empecé con apenas un puñado de contactos, pero gracias al boca a boca fui consiguiendo más entrevistas con otros veteranos. «Sí, es buen tío —me decían—. Queda con él y a ver qué tal.»

Quisieron saber qué estaba haciendo yo mientras ellos luchaban en Vietnam. Les conté que entonces iba a la universidad y que había participado en algunas protestas en contra de la guerra, pese a no estar muy involucrado en el movimiento. Me uní a las manifestaciones cuando mis ideales me empujaron a hacerlo, pero solo si me convenía. Aunque mis convicciones eran firmes y la situación me indignaba, no tenía ninguna intención de que el activismo me hiciera perder la prórroga para alistarme que me

habían concedido, un privilegio más que ventajoso. Supongo que mi caso era como el de la mayoría de estudiantes universitarios de la época. Me resulta mucho más gratificante recordar las historias de guerra del movimiento por la paz y aquella sensación de comunidad que ya se ha desvanecido, pero reconozco que la presión social y los motivos personales también tuvieron algo que ver.

Cuando me preguntaban por qué quería escribir este libro, mi respuesta inmediata era pragmática y honesta: «Por dinero. Me gano la vida como escritor». Sin embargo, luego aclaraba que mis intereses no eran puramente mercenarios. El proyecto comenzó a tomar forma en 1972. Ese año, conocí por casualidad a un veterano de Vietnam que acabó por convertirse en un buen amigo. Compartíamos piso, comida y grandes cantidades de whisky. Brian me habló de su experiencia en la guerra y, en aquellas conversaciones, descubrí aspectos de él —y de mí mismo— que no conocía. Él tuvo la oportunidad de compartir sus vivencias y yo, la voluntad de escucharlas, y eso fortaleció nuestra amistad. Lo que me contó me enseñó más sobre Vietnam, la guerra y quienes participaron en ella que nada que hubiera leído o visto en la televisión. Era evidente que no sabíamos toda la historia. Yo no estaba capacitado para contarla, pero no me cabía duda de que sí quería escucharla.

Aseguré a los veteranos que no tenía intención de pergeñar un texto político que culpase o condenase a

nadie; tampoco pretendía ensalzar la guerra ni la suerte que corrieron los soldados. Simplemente, quería documentar lo que recordaban cuando sus vidas se cruzaron con la guerra de Vietnam, así como las consecuencias de dicha experiencia.

Me acerqué a ellos con honestidad y respeto. Algunos no me contaron nada; siempre que quedábamos, se echaban atrás en el último minuto. Sin embargo, la mayoría de hombres y mujeres que entrevisté mostraron una actitud a medio camino entre el alivio y la voluntad de cumplir con su deber; sostuvieron una luz para alumbrarme mientras yo examinaba ese rincón oscuro de sus vidas. Todos ellos parecían sentirse obligados a relatar su historia con claridad y precisión para honrar a sus amigos caídos y a sus ideales rotos, y también por honestidad, porque sabían que valía la pena. Cuando me ganaba su confianza, sus palabras fluían con la misma rapidez que un recluso sale de una celda de aislamiento. Algunos sintieron alivio al extraer parte de la ponzoña que había infectado la herida.

Esas personas no son extraordinarias, salvo por el hecho de haber sobrevivido a Vietnam y continuar haciéndolo. Más de un entrevistado me pidió que mencionara en el libro que tenía un buen trabajo y se ganaba la vida dignamente. Por la noche vuelve a su casa, junto a su mujer y sus hijos; a veces se para en un bar a tomarse un par de cervezas. En su tiempo libre, ve partidos de béisbol por la televisión o abrillanta el coche; no sube a lo alto de un

campanario con un arma al hombro para disparar a ciudadanos inocentes.

Sin embargo, también hablé con otros que sí saben dónde nace el impulso de subirse a un campanario. Conocí a gente que no parece capaz de establecerse en un lugar fijo, que ha intentado amar y ha fracasado, que se asfixia con su propia amargura, que ha intentado suicidarse. La guerra les ha dejado cicatrices físicas y mentales; su experiencia en Vietnam arruinó sus vidas para siempre. Pero eso no los hace diferentes, solo demuestra que son tan frágiles como cualquier otro ser humano.

Debido a su visión personal, solemos llamar a estos relatos historias de guerra. Tenemos que asumir que aquí se encontrarán generalizaciones, exageraciones, fanfarronadas y —muy posiblemente— mentiras descaradas. Pero, en un contexto religioso, contar estas historias sería equivalente a dar testimonio. Las imperfecciones humanas no hacen sino demostrar la sinceridad del conjunto. Los aspectos apócrifos de estos relatos tienen más de recurso metafórico que de engaño.

En gran medida, estas historias sobre Vietnam son tan antiguas como la guerra misma. Lo que vas a leer en estas páginas tiene más en común con el realismo clásico de Homero cuando narra los detalles gráficos de la masacre de Troya que con Vic Morrow pavoneándose en un episodio de *Combat!*¹³. La televisión no nos mostró toda la historia. El napalm titilando en la pantalla en tinte a la hora de cenar mientras Walter Cronkite¹⁴ recitaba el número de

víctimas de la jornada, como si de una macabra oración para bendecir la mesa se tratara, tenía poco que ver con las arcadas que se sienten ante el hedor de un hombre en llamas. Suavizamos la guerra con aventuras románticas y propaganda paranoide para poder digerirla y vivir con ella, pero los excombatientes de Vietnam la vivieron en carne propia, por eso su relato es tan crudo e impactante como una herida abierta.

La muerte y la brutalidad impregnan las páginas de este libro; tienen tanta presencia como el tictac de un reloj que resuena en una casa durante una noche en vela. El dolor del alma es la pesadilla que mantiene despiertos a sus habitantes. La macabra maquinaria de la muerte nos recuerda por enésima vez que la guerra es el infierno mismo y siempre lo ha sido, pero las vísceras y la sangre solo son el extraordinario escenario sobre el que se representaron las vidas de hombres y mujeres corrientes.

La guerra plantea las grandes cuestiones filosóficas sobre la vida, la muerte y la moralidad, y exige respuestas inmediatas. Las abstracciones propias del debate académico acaban por reducirse a una cuestión muy concreta: la supervivencia. En menos de un año, Vietnam puso a prueba tanto al hombre como a la cultura que lo llevó hasta allí. La guerra derriba la fina fachada que imponen las instituciones de la sociedad y muestra al hombre exactamente como es. Si queremos aprender algo real sobre este conflicto, sobre el espíritu humano y sobre nosotros mismos, debemos escuchar atentamente a esos

hombres y mujeres que se convirtieron a la vez en víctimas y en verdugos de la guerra.

«Nam» no es solo un pedazo de palabra que remite a una de las muchas guerras que han librado los Estados Unidos en sus doscientos años de historia. Vietnam trascendió ideologías y ejércitos. La guerra y sus ramificaciones culturales marcaron el paso a la edad adulta de una generación entera de americanos, la generación a la que yo pertenezco. Fue una época en la que millones de jóvenes tomamos decisiones que marcarían el curso de nuestras vidas. Si queremos comprendernos mejor a nosotros mismos, es necesario que conozcamos más en profundidad el acontecimiento que nos condujo hasta el presente. Hasta que no afrontemos con más sinceridad la guerra de Vietnam y analicemos más a fondo las vivencias de los veteranos que participaron en ella, no progresaremos ni como individuos ni como nación.

Este libro no revela la verdad sobre Vietnam. Todo el mundo tiene una pieza del puzle. Pero puede que todas estas historias de guerra, llenas de emoción pero sin pretensiones y despojadas de romanticismo, nos acerquen más a la verdad de lo que nada lo ha hecho hasta ahora.

*¿Quieres que te cuente una historia sobre la
guerra, una de verdad?*

*Para mí Vietnam es una historia. Como si no me
hubiera pasado a mí.*

I. INICIACIÓN

No hagas preguntas

Cuando van a la iglesia, los niños devotos pasan el rato sentados en los bancos de madera jugando a la guerra, armados con lápiz y papel. Primero dibujan los aviones y los acorazados, y después los soldados y las ametralladoras, con todo lujo de detalles. La potencia destructora de ese armamento imaginario queda patente en las despiadadas puntas de las bayonetas y las toscas aletas de las bombas.

El sermón se oye cada vez más lejos mientras los niños añaden los últimos detalles: dibujan estrellas en las alas de los aviones para distinguir a los buenos y esvásticas en los cascos de los monigotes, para que se vea que son los malos. La tensión impaciente del chiquillo es casi sexual.

Empieza la batalla. El lápiz traza la trayectoria mortal de cada bala y cada proyectil. Un disparo certero y el objetivo explota con un estallido de garabatos. El niño visualiza los fogonazos rojos y amarillos en su cabeza. Se eleva una nube de polvo y escombros en la que se lee, en letras negras y mayúsculas: ¡BADABUM!

Conforme la batalla se recrudece, el propio lápiz se convierte en un arma que agujerea los soldados dibujados